

Sentido Evangélico del Magisterio Eclesiástico

La encíclica "Humanæ Vitæ", por muchos motivos, es un documento pontificio de excepción. No pasará sin pena ni gloria, como la Constitución *Veterum Sapientia* de Juan XXIII sobre la restauración de la enseñanza del latín para los clérigos. Ni quedará en el recuerdo como una simple amonestación severa sobre imprecisos errores doctrinales, cual la encíclica "Humani Generis" de Pío XII. Ambos documentos dieron que hablar. Pero el movimiento de opinión suscitado en los dos casos no fue mucho más allá de los claustros eclesiásticos de profesores de Filosofía y Teología, o de los círculos de seminaristas modernos.

La "Humanæ Vitæ", al tener por objeto al sexo, que importa tanto al bien de la persona y de la especie humana, ha tenido la virtualidad de interesar a todos, cristianos o no. A la vez, todo un conjunto de valores, que a primera vista nada tienen que ver con la anticoncepción, ha sido removido con ocasión de la misma. Se ha hablado de obstáculo para el movimiento de la unidad cristiana. Se ha temido la disgregación de la comunión católica. Junto a estos y otros inexpresados temores, surgieron también las discusiones abiertas, que hoy están en su punto álgido. Se relacionan éstas más o menos directamente con el meollo del tema tratado en la encíclica: la conciencia personal, la moralidad y el dinamismo de los actos humanos, el empleo de medios técnicos para procurar la anticoncepción, la noción de natural y antinatural, etc.

Lo intrincado de estas cuestiones conexas con la Metafísica y la Ética quizá empuje a no pocos a plantear el problema en un campo en el que se juzgan más competentes: o sea el de la Teología. Aunque, para no ser malintencionados, si muchos lo plantean allí, aún cuando su competencia sea escasa, es porque presienten que es ese el único terreno adecuado donde un cristiano puede formular correctamente cualquier cuestión que lo afecte. A la opinión del pueblo de Dios, preocupan hoy, por lo mismo, cuestiones que hasta ayer interesaban sólo a un estudiante de Teología en vísperas de examen. Han salido a la palestra las nociones de infalibilidad pontificia, de magisterio ordinario, de asentimiento interno y externo, de evolución del dogma; o bien, interrogantes sobre el sentido de la colegialidad episcopal del Vaticano II en relación con una autoridad pontificia ejercida al estilo del Vaticano I; o la necesidad de una Iglesia, que prescindiendo de

los perjuicios del pasado, y siguiendo los carismas del pueblo cristiano, sepa organizarse a partir del puro Evangelio y de la experiencia de hoy, etc., etc.

Algunos interrogantes estremecen. ¿Y simplemente porque muestran que el proceso de “demitificación” de la fe, que la salvará para mañana, está en marcha? ¿O porque señalan una fe herida de muerte? Quizá nada de lo que imaginamos. Sino el simple hecho de que doctrina y vida cristiana forman un todo interdependiente, y cualquier cosa que afecte a una no puede dejar de repercutir en la otra. El cristiano no se amedrenta de los interrogantes por agudos e imprevistos que sean, y sabe muy bien que de éstos han surgido siempre reformulaciones nuevas de la fe inmutable, más adecuadas para ser aprendidas —por no decir entendidas— por el hombre de su tiempo.

La misma fe del cristianismo pide que cada uno de los problemas que se presentan a su conciencia no sean ocultados. Han de ser planteados con claridad, a la luz de la totalidad del Evangelio.

De ese modo, la razón humana puede obtener un cierto entendimiento tanto del misterio revelado, como del camino concreto a seguir en la vida de cada día, a fin de hacer carne en nosotros el misterio que decimos creer.

El Magisterio eclesiástico tiene que ver con la trasmisión íntegra del primero y también con la indicación segura del segundo. De allí la importancia permanente de este tema, y su interés actual. Por ello lo elegimos hoy para reflexionarlo desde un ángulo, al menos subjetivamente, nuevo.

I

EL MAGISTERIO DE CRISTO

Lo primero que sugiere el concepto de “magisterio eclesiástico” es la figura de *Jesús Maestro que enseña a la Iglesia y a todos los hombres*.

Para formular bien este problema, como cualquier otro de alcance telógico, es indispensable recurrir a Cristo, el arquetipo conforme al cual ha de entenderse todo lo que es y hace la Iglesia. De otra manera podremos decir cosas más o menos interesantes sobre el Magisterio Eclesiástico, pero no sabremos jamás si pensamos o no conforme a la verdad.

1. — *Jesús Maestro*

Viniendo a nuestro tema, lo primero que advertimos en los Evangelios es la cantidad de veces que Jesús es llamado "Maestro". Es un título que El se apropia en exclusividad: "*Uds no se dejan llamar maestros, porque uno solo es el Maestro de todos ustedes*"¹.

Su magisterio y su estilo de enseñanza se diferenciaban tanto del de los demás que hasta sus enemigos tenían que reconocerlo: "*Maestro, sabemos que eres sincero y no te importa de nadie, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios*"². No por nada "la gente quedaba asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas"³. Estos sólo enseñaban preceptos humanos⁴. El, en cambio, era el Maestro venido de parte de Dios⁵. Y enseñaba una doctrina que no era especulación humana, sino la Doctrina, con mayúsculas; o sea el enunciado de la Verdad, tal como brota de su misma fuente, Dios: "*Mi doctrina no es mía, sino del Padre que me envió*"⁶; "*lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que habla*"⁷.

2. — *La Doctrina de Cristo*

Pero Jesús es el Maestro por antonomasia no sólo porque se graduó en una escuela distinta de las que solemos frecuentar los hombres. Las materias que dicta también son diferentes. Su enseñanza, en síntesis, trata del Reino de Dios⁸, el cual trasciende la geografía y la historia humanas, pero que paradójicamente, tiene mucho que ver con la evolución y el destino del hombre: "*El que es de la tierra, es de la tierra y habla de la tierra; el que viene del cielo, está por encima de todos; da testimonio de lo que ha visto y oído*"⁹.

El primer punto del programa que Cristo desarrolla en su enseñanza es una nueva tabla de valores, llamados las bienaventuranzas¹⁰. Estos vinieron a trastornar todos los criterios y enfoques para interpretar la realidad que hasta entonces el hombre juzgaba correctos: "*Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados... Pero yo les digo...*"¹¹.

Se explica así la contradicción que su doctrina suscita no pocas veces; incluso "*muchos de sus discípulos se alejaron y dejaron de acompañarlo*"¹².

1 Mt. 23:8.

2 Mc. 12:14

3 Mt. 7:29.

4 Mt. 15:9

5 Jn. 3:2.

6 Jn. 7:16.

7 Jn. 8:28.

8 Mt. 4:23.

9 Jn. 3:31-32.

10 Mt. 5:2.

11 Mt. 5:21-22.

12 Jn. 6:66.

Hay aspectos de la doctrina de Jesús más fáciles y otros más difíciles de captar. Más fácil, por ejemplo, este principio de sabiduría popular: “*Todo lo que ustedes deseen que los demás les hagan, haganlo ustedes por ellos*”¹³. Más difícil la enseñanza del celibato voluntario¹⁴. Y difícil, sobremanera, la necesidad de la Cruz como camino de autorrealización personal¹⁵.

3. — *Vivir para comprender*

Para entender la doctrina de Jesús no vale el puro esfuerzo humano, el raciocinio, la exégesis de cada una de sus palabras, sino un alma bien dispuesta¹⁶. Esta actitud de encarar el conocimiento de la doctrina de Cristo parecerá, quizá, simplista o infantil. Pero por poco que hayamos andado en la vida, conocemos ya de tanteos, de dudas e incertidumbres para el hallazgo aún de verdades elementales y empíricas. En un gesto humano, nos remitimos entonces al amigo que ya halló la luz. Y con la luz prestada de la verdad hallada por otro nos animamos a seguir caminando. De esto nadie dirá que es irracional. ¿Lo sería por el simple hecho de que quien nos presta la luz es Dios?

En el proceso de comprensión de la doctrina de Cristo sucede lo mismo que con el conocimiento de los que se aman. No se amarían, es cierto, si no se conocieran de alguna manera. El principio básico de filosofía “*nadie ama lo que no conoce*” permanece válido. Pero junto a éste hay otro principio: “*cuanto más se ama a un ser más se lo conoce*”. Conocimiento no ya de orden lógico, sino vital, el cual ilumina la mente y plenifica la existencia humana. Jesús Maestro tuvo presente este principio de psicología. Por ello nos insistió en que amemos “*no con la lengua y de palabra, sino con obras y en verdad*”¹⁷. Es esto, precisamente, lo que muchas veces nos quiso explicar: “*Si ustedes permanecen fieles a mi palabra... conocerán la verdad y la verdad los hará libres*”¹⁸.

4. — *Inmutabilidad e historicidad del Evangelio*

Su enseñanza es muy singular. No es un recetario de soluciones preestablecido para cada situación concreta, como pensó aquel hombre que le fue a decir: “*Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo*”¹⁹. Pero tampoco es un simple enunciado de principios generales.

13 Mt. 7:12.

14 Mt. 19:11.

15 Lc. 9:44-45; 24:25, 46.

16 Mc. 4:1s.

17 1 Jn. 3:18.

18 Jn. 8:31-32.

19 Lc. 12:13.

Es la proclamación de una verdad eternamente válida, que no es hoy "sí" y mañana "no"²⁰. Y, sin embargo, es una doctrina con proyecciones práctica que nos urge en todas las circunstancias históricas de nuestro obrar humano, cualesquiera que sean, de resonancias públicas como el desatar la guerra atómica, o del fuero más íntimo como un simple mal deseo imposible de cumplir²¹. Dos cualidades, pues, de la doctrina de Jesús: trascendencia o inmutabilidad en la verdad que enuncia, e historicidad en sus proyecciones prácticas o en sus modos de formulación y comprensión humanas. Dos cualidades o dimensiones postuladas por el mismo ser del Divino Maestro, el cual es siempre, y a la vez, eterno y temporal: el Verbo hecho carne²².

Dos cualidades, por tanto, que no se han de separar, so pena de que la Doctrina enseñada sin referencia al hombre nunca llegue a ser "Evangelio", o sea la Buena Noticia de su salvación: o bien, al no estar ésta referida a una fuente inmutable de verdad, haya tantos evangelios como pareceres humanos, que en vez de salvar contribuyan a condenar al hombre.

En razón de esta doble cualidad Cristo dicta su doctrina. Y así, se eleva por momentos a explicarnos su generación eterna del Padre²³, o bien, descende a demostrar las implicancias concretas que esta verdad tiene en el terreno de la fraternidad humana, formulándolas en la ley del amor a Dios y al prójimo²⁴.

5. — *Pedagogía de Cristo*

Al hablar del Magisterio de Cristo conviene, además, advertir su pedagogía, que es elemento integrante del mismo. ¿Se trata de una verdad de fe a anunciar? La va sugiriendo lentamente en los oídos y el alma de sus discípulos, con una parábola, una actitud, un comentario. Hasta que por fin esta se evidencia al alma de sus discípulos y brota espontánea la confesión de fe: "*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*"²⁵. O bien: "*Señor ¿a dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*"²⁶. ¿Se trata de actitudes humanas a corregir? Si es un hombre satisfecho con su obrar, lo increpa, como en el caso del fariseo²⁷. Si es un discípulo torpe, lo reprende²⁸. Si es una mujer sorprendida en adulterio, la cubre con una mirada de cariño y la despid

²⁰ 2 Cor. 1:18-20.

²¹ Mt. 5:28.

²² Jn. 1:14.

²³ Jn. 5:24.

²⁴ Mt. 22:36.

²⁵ Mt. 16:13-16.

²⁶ Jn. 6:68.

²⁷ Mt. 23:13s.

²⁸ Lc. 22:24s.

con su paz²⁹. Y siempre cuando se trata de pecadores. El se hace su amigo, conversa y come con ellos³⁰.

Jesús, que comparó el Reino de los cielos a una semillita de mostaza que germina lentamente, no pensó que la Doctrina por El dictada habría de ser recibida enseguida por todos. Ni siquiera supuso que los Doce la entendiesen cabalmente desde el primer momento. “*Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender ahora*”³¹, dirá Jesús en la Cena de despedida. Fiel a su pedagogía, se remite entonces a la docencia que continuará ejerciendo mediante su Espíritu en el alma de los creyentes: “*El les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho*”³².

Estas son, en resumen, las características del Magisterio de Cristo: autoridad, origen divino, criterios evangélicos, comprensión creciente de la verdad mediante la fe animada por la caridad, inmutabilidad de la verdad evangélica, proyección histórica del Evangelio, pedagogía en la enseñanza de las verdades dogmáticas y morales, etc. Estas también las características participadas por el Magisterio de la Iglesia, la cual es “la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad”³³.

II. LA IGLESIA DISCIPULA Y MAESTRA

1. — *La Iglesia “multitud de Discípulos”*³⁴

Si Cristo es designado en los Evangelios como Maestro, con pareja insistencia se designa al cristiano como *discípulo*. Esta palabra sirvió para señalar a cada uno y también al conjunto de los creyentes mucho antes de popularizarse el nombre de cristianos³⁵; uso que continuó incluso mucho tiempo después³⁶.

Discípulo significa, en el Evangelio, el seguidor del Maestro³⁷, quien no vacila en abandonar todo, absolutamente todo lo que pudiese darle una luz, una certeza distinta de la que proviene de Aquél³⁸.

²⁹ Jn. 8:3-11.

³⁰ Mt. 11:19.

³¹ Jn. 16:12.

³² Jn. 14:26.

³³ 1 Tim. 3:15.

³⁴ Hech. 6:2.

³⁵ Le. 6:17; Hech. 6:1; 9:1-26.

³⁶ Hech. 13:52; 14:20; 16:1.

³⁷ Mc. 6:1.

³⁸ Le. 14:26-27, 33.

Por ello, el discípulo es para el Maestro mucho más amable de lo que pudiera serlo el efecto de padre, madre y hermanos todos juntos³⁹. Es aquél a quien El enseña todo⁴⁰, sin ocultarle nada⁴¹. En una palabra, es el otro-yo del Maestro, reflejo en el mundo de la luz y del amor que El le quiso aportar⁴².

Por lo mismo, ninguna ambición para el discípulo, mayor que ésta: “*Le basta al discípulo ser como su maestro*”⁴³; a condición, por cierto, de aceptar que durante su “discipulado” él nunca, ni en las buenas ni en las malas, superará la suerte de su Maestro⁴⁴.

El camino que lleva al discípulo a esta semejanza con el Maestro es largo. Suele ser él un hombre de corazón bueno, pero de inteligencia espiritual torpe. No entiende las parábolas más sencillas⁴⁵; ni siquiera el sentido de los portentos que Cristo obra a la vista⁴⁶. Y mucho menos cuando el Maestro habla de algo tan sublime y extraño como su Pasión: “*No entendían esto; les estaba velado de modo que no lo entendían*”⁴⁷. Tan torpe es el discípulo que a veces pretende saber más que el mismo Maestro y profiere juicios que suscitan lástima e irritación: “*Quítate de mi vista, Satanás*”, le dijo Jesús a Pedro, “*Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres*”⁴⁸.

Esta torpeza para entender a Cristo y su doctrina es una limitación propia y radical del discípulo en su condición de tal. Reconocerlo siempre es la mejor disposición para llegar a ser sabio, como creer haber alcanzado definitivamente ese estado, o actuar como así lo fuese, es la peor de las torpezas. Pero a pesar de la pequeñez de entendimiento, la palabra de Cristo obra en el discípulo con fuerza transformadora: “*Si ustedes permanecen en mi Palabra, serán realmente mis discípulos y conocerán la verdad y la verdad los hará libres*”⁴⁹.

Surge así la Iglesia como “*la multitud de los discípulos*”⁵⁰. Ignorante cada uno de ellos; pero doctos, a la vez, cada uno y todos juntos por el Espíritu que Cristo les infundió⁵¹. Espíritu que es Verdad⁵², el cual habla sin cesar a la Iglesia⁵³, susurrándola desde lo íntimo todo conocimiento y fortaleciéndola en su debilidad⁵⁴, hasta el día en que se encuentra cara a cara con su Señor⁵⁵.

39 Mt. 12:49.

40 Mc. 4:34.

41 Lc. 8:10.

42 Jn. 13:23, 35.

43 Mt. 10:24-25.

44 Jn. 15:20.

45 Mc. 4:13; 7:18.

46 Mc. 6:52; 8:17-18.

47 Lc. 9:45; 18:34.

48 Mc. 8:33.

49 Jn. 8:31.

50 Hech. 6:2.

51 Jn. 20:22.

52 1 Jn. 5:6.

53 Apoc. 2:7.

54 Rom. 8:26.

55 Apoc. 22:17.

Es por esto la Iglesia también un pueblo de sabios: “*La unción del Espíritu que recibieron de El permanece en ustedes y no necesitan que nadie les enseñe*”⁵⁶.

2. — *La Iglesia Maestra*

La transmisión que el Maestro hizo de la verdad fue total: “*Les di a conocer todo lo que oí de mi Padre*”⁵⁷. Brota de allí una nueva situación para la Iglesia. Es la Discípula que se torna Maestra.

Esta nueva característica magisterial de la Iglesia le pareció a San Pablo un don tan singular que descubrió en él una responsabilidad de proyección cósmica. Gracias a él el universo entero, también el invisible, se impregna de la Palabra salvadora: “*La multiforme sabiduría de Dios es ahora manifestada a los Principados y Potestades mediante la Iglesia*”⁵⁸.

Pero la Iglesia no se torna Maestra al modo humano, como cuando un discípulo deja su condición y desplaza en la cátedra a su maestro. Se torna Maestra permaneciendo lo que era: fiel discípula del único Maestro. Llamada por El⁵⁹, escucha siempre su Palabra y la comprende día a día más profundamente (discípula). Pero esa Palabra se vuelve en ella fuerza incontenible, mandato imperioso de ir a enseñar a los demás (maestra).

De allí la doble y paradójica condición de la Iglesia: permanecer en humildad y silencio, aguardando comprender mejor la Palabra de verdad⁶⁰; y salir al mundo a enseñar con autoridad: “*Vayan ustedes, instruyan a todas las naciones... enseñándoles a cumplir lo que yo les he mandado. Y yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo*”⁶¹. De allí también todas las características o hechos que los teólogos disciernen con respecto al magisterio cristiano. En especial tres: a) la evolución homogénea del dogma, o sea la comprensión gradual y coherente por parte de la Iglesia del Misterio revelado; b) el ejercicio del magisterio eclesiástico, sea ordinario o extraordinario; c) la infalibilidad de dicho magisterio. Tres hechos que apuntan a otros tantos supuestos ya insinuados: a) la fe de la Iglesia en su Maestro; b) el mandato que ella cumple en nombre de El; c) la presencia y asistencia por El mismo prometida.

⁵⁶ 1 Jn. 2:27; cf. Flp. 3:15; Rom. 15:14; 1 Tes. 4:9; Hebr. 8:10-11.

⁵⁷ Jn. 15:15.

⁵⁸ Ef. 3:10.

⁵⁹ Jn. 11:28.

⁶⁰ Lc. 2:19, 51; Jn. 14:26.

⁶¹ Mt. 28:18-19.

III. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

1. — *Necesidad de un magisterio*

En este pueblo sabio ¿acaso todos son maestros?⁶² El Apóstol Pablo fue quien primero se planteó la cuestión. Y no sin razón.

La sabiduría y la torpeza se entremezclan —ya lo vimos— en el fiel. Y de la misma manera en la Iglesia. Hoy como ayer y como siempre. De lo que brota, con frecuencia, el desconcierto, a tal punto de no saber, a veces, qué es verdad y qué mentira, qué es Palabra de Dios y qué ocurrencia humana. Para evitar nuestro escándalo, y para que entendiésemos la verdadera situación de la Iglesia que peregrina por la historia, el Espíritu Santo dejó consignada en la Escritura una experiencia, cuya observación ayudará a responder la cuestión arriba planteada, mucho mejor que cualquier reflexión teológica sobre la necesidad de un magisterio en la Iglesia.

Se trata de la Iglesia de los Corintios. Lo tienen todo. Tienen a Cristo y a los Apóstoles. Pero en vez de hacer de ellos el fundamento de la unidad⁶³, los transforman en cabecillas de diferentes partidos⁶⁴. Tienen la Eucaristía. Mas en vez de servirse unos y otros como enseñó Jesús en la Cena⁶⁵, cada uno se embriaga y desprecia al hermano⁶⁶. Tienen carismas diferentes, de lenguas, de profecía, de milagros⁶⁷. En vez de estimularse unos a otros, su reunión es un griterío sin sentido. Al ver obrar tan neciamente a estos hombres sabios se le ocurren al Apóstol dolorosas imágenes: “*infantes en el juicio*”, “*mentecatos*”⁶⁸. Los corintios son un pueblo sabio, pero olvidadizo, cada uno de ellos, de que la sabiduría consiste en conocer y vivir la necesidad de la Cruz⁶⁹.

Al servicio de este pueblo, Cristo instituyó los ministerios o funciones. Y lo conduce así, pedagógicamente, hacia la plena sabiduría, o sea, de acuerdo a la naturaleza total de ese mismo pueblo, el cual es simultáneamente un ser espiritual y corporal, sabio e ignorante, santo y pecador.

Entre todos los ministerios o funciones está el *magisterio*, que se recubre en la Biblia de diversos nombres y matices: apóstol, profeta, maestro, evangelista, heraldo, ministro del Evangelio... En la carta a los Efesios el apóstol expresó esto con singular profundidad: “*El mismo dio a unos ser apóstoles, a otros evangelizadores, a otros pastores*

62 1 Cor. 12:29.

63 Ef. 2:20.

64 1 Cor. 1:12.

65 Jn. 13:14.

66 1 Cor. 11:20-22.

67 1 Cor. 12.

68 1 Cor. 14:20-23.

69 1 Cor. 1:18.

y maestros, para el recto ordenamiento de los santos, en orden a las funciones del ministerio para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la plenitud de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zaran-deados por cualquier viento de doctrina..."⁷⁰.

De este modo, vemos que la Iglesia, multitud de discípulos adoc-trinados directamente por el Espíritu Santo, es también la multitud de los que "acuden asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles"⁷¹.

2. — Autoridad del Magisterio

¿Cuál es la autoridad del que enseña en la Iglesia? ¿De dónde le viene? La frase de Jesús a los setenta y dos discípulos: "El que los escucha a ustedes me escucha a mí, el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí"⁷², a fuerza de oírla desde el catecismo, ya ni nos impresiona. Pero se encierra en ella el secreto de la autoridad de quienes en la Iglesia están constituidos como maestros de la fe. El saludo de despedida de Jesús, en el evangelio de San Mateo, es quizá más explícito a este respecto. Apela a la autoridad que El tiene sobre todas las cosas para garantizar la autenticidad y obligatoriedad de la predicación de los Doce: "He recibido plenos poderes en el cielo y en la tierra. Vayan, instruyan..."⁷³.

A pesar de esta expresa voluntad de Cristo, frente a la cual no caben discusiones, la autoridad apostólica no ha sido reconocida siempre en la Iglesia con facilidad y espontaneidad. El motivo es simple. No se la puede reconocer sino desde una perspectiva de fe, que tome en serio todas las palabras del Maestro. De allí que cuando la fe es incipiente o declina en una persona o comunidad, se retrae o decae automáticamente la percepción completa del mensaje evangélico y, forzosamente, se nubla la autoridad de quien lo anuncia. Ya Cefas, el primer Papa, se vio cuestionado por sus mismos fieles, "¿Cómo entraste en la casa de gente no judía y comiste con ellos?"⁷⁴. Y no fue ésta la única vez⁷⁵.

Pablo, el genial Pablo de Tarso, no fue más afortunado que el sencillo Pedro. Más de una vez, y en especial en su segunda carta a los Corintios, tuvo que redactar severas apologías de su autoridad. La fingida excusa que esgrimían algunos fieles para desautorizarlo era

⁷⁰ Ef. 4:11-14.

⁷¹ Hech. 2:42.

⁷² Lc. 10:16.

⁷³ Mt. 28:19.

⁷⁴ Hech. 11:3.

⁷⁵ Gál. 2:12.

su aspecto endeble y su hablar nada exquisito. “*Un valentón de lejos y por carta —decían— pero que se achica delante de cualquiera*”⁷⁶.

Pero Dios escribe derecho con renglones torcidos. Del mismo modo que las divisiones de los Corintios fueron la ocasión para elaborar la maravillosa doctrina del Cuerpo Místico⁷⁷, así también la negación en esa misma Iglesia de la autoridad apostólica fue la oportunidad aprovechada por el Espíritu para dejarnos en la Escritura el primer tratado sobre el tema. La transcripción de lo allí escrito exigiría largos párrafos. Conviene advertir al menos, algunas fórmulas llenas de énfasis. “*Cristo habla en mí*” —se anima a decir Pablo⁷⁸—. Y en un párrafo anterior: “*Nosotros somos embajadores de Cristo y Dios exhorta a los hombres por nuestro intermedio. Por eso les suplicamos a ustedes en nombre de Cristo: reconcíliense con Dios*”⁷⁹.

A Pablo no le cabe duda alguna de que su magisterio tiene toda su autoridad de Cristo, cuyo ministro él es. “*Enviado no por los hombres ni por la mediación de un hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre*”⁸⁰. *De allí que su palabra ha de ser recibida “no como palabra humana, sino lo que realmente es, como palabra de Dios”*⁸¹. Y si alguien la desprecia, “*no desprecia a un hombre sino a Dios*”⁸².

Esta identificación entre la autoridad del apóstol y la autoridad de Dios aparece con notable frecuencia en boca incluso de los otros apóstoles. Así, mentir a Pedro es mentir al Espíritu Santo⁸³; tomar decisión en Concilio es haber estado de acuerdo “*nosotros y el Espíritu Santo*”⁸⁴; testimoniar la fe es obra conjunta de Pedro, de los demás apóstoles y del Espíritu Santo⁸⁵.

Arrogancia de ignorantes galileos, podrá pensar alguien. Pero ¿no fue el Maestro quien enseñó a sus apóstoles que, cuando fuesen encarcelados, el mismo Espíritu Santo hablaría por boca de ellos?⁸⁶. ¿Y no habría de hacerlo entonces también y con mayor razón cuando se tratase no ya de la defensa personal sino de anunciar al Señor? No en vano Jesús transmitió su Espíritu a los Apóstoles⁸⁷, el cual los llenaba de una sabiduría *irresistible*⁸⁸.

76 2 Cor. 10:1, 9-10.

77 1 Cor. 12:14.

78 2 Cor. 13:3.

79 2 Cor. 5:20.

80 Gál. 1:1; cf. 1 Cor. 1:1; Ef. 1:1; Col. 1:1.

81 1 Tes. 2:13.

82 1 Tes. 4:8.

83 Hech. 5:3.

84 Hech. 15:28.

85 Hech. 5:32.

86 Mt. 10:20.

87 Jn. 20:22.

88 Hech. 6:10; cf. Le. 21:14; Hech. 2:4; 4:8; 6:5; 7:55; 11:24.

3. — *El ejercicio del magisterio*

El mandato de enseñar que el apóstol recibe, aparece en la Biblia como inapelable. No se lo puede declinar ni deformar. El Espíritu a los Apóstoles los manda a enseñar y allá van ⁸⁹. Tanta es la coerción interior ejercida por El, que Pablo se siente despojado de todo derecho a percibir una paga por su ejercicio: “*Es para mí una necesidad imperiosa. Pobre de mí si no predicara el Evangelio*” ⁹⁰.

El cumplimiento de este mandato supone muchas veces un drama desgarrador en el alma del que lo recibe. Preferiría uno ser un hombre común, pero cuando menos se lo espera, sin otro mérito que los propios de méritos ⁹¹, Dios por medio de su Iglesia lo llama para ser ministro de la Palabra ⁹². Y vive desde entonces desgarrado interiormente, porque se ve urgido cada día a conformar su vida a lo que predica, para que eso no parezca una gran mentira ⁹³. Y desgarrado también exteriormente, pues si para unos su palabra es “*aroma perfumado de vida*”, para otros es como “*un pestilente olor de muerte*” ⁹⁴. Nadie más amado, pero tampoco nadie más odiado que el maestro del Evangelio.

Por lo mismo, nada como el tener que enseñar a los hombres en nombre de Dios para sentir la propia fragilidad. Pero, a la vez, nada que haga probar tanto la fuerza que viene de El: “*Cristo nos da esta seguridad delante de Dios, no porque podamos atribuirnos algo que venga de nosotros mismos, ya que toda nuestra capacidad viene de Dios. El nos ha capacitado para que seamos los ministros del Nuevo Testamento, que no reside en la letra sino en el Espíritu*” ⁹⁵.

La fuerza de la Palabra de Dios lleva a su ministro, como antes a Jesús, a enunciarla pública y totalmente ⁹⁶. Por lo demás, el mandato de El a este respecto, ha sido taxativo: “*Lo que les digo en la oscuridad repítanlo en pleno día; y lo que escuchan al oído, proclámenlo desde lo alto de las casas*” ⁹⁷.

El ministerio de los Apóstoles fue, en este sentido, admirable. Hasta ayer hombres tímidos, que vivían a puertas cerradas ⁹⁸; hoy, en cambio, “*asombrando al Senado por la seguridad con que hablaban... a pesar de ser personas poco instruidas y sin cultura*” ⁹⁹. Y cuando alguien los quería amedrentar o corromper, respondían sin titubeos: “*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*”; “*no podemos nosotros dejar de hablar lo que hemos visto y oído*” ¹⁰⁰.

⁸⁹ Hech. 5:32.

⁹⁰ 1 Cor. 9:16-17.

⁹¹ Gál. 1:11-17.

⁹² Hech. 13:1-5.

⁹³ 1 Cor. 9:27; 2 Cor. 6:3-6.

⁹⁴ 2 Cor. 2:15-16.

⁹⁵ 2 Cor. 3:5-6; 4:1-7.

⁹⁶ Mc. 8:32; Jn. 18:20.

⁹⁷ Mt. 10:27.

⁹⁸ Jn. 20:19.

⁹⁹ Hech. 4:13.

¹⁰⁰ Hech. 5:29; 4:20.

Valentía e integridad de la verdad transmitida son, pues, la mejor garantía de la autenticidad del magisterio apostólico. En la carta a los cristianos de Tesalónica, San Pablo lo expresa magistralmente: “*Nuestra predicación no se inspira en el error, ni en la impureza, ni en el engaño. Al contrario, Dios nos encontró dignos de confiarnos su Evangelio, y nosotros lo predicamos, procurando agradar no a los hombres sino a Dios, que penetra nuestros corazones. Ustedes saben —y Dios es testigo de ello— que nunca hemos tenido palabra de adulación, ni hemos buscado pretexto para ganar dinero. Tampoco hemos ambicionado el reconocimiento de los hombres, ni de ustedes... ni de nadie*”¹⁰¹.

Esta sumisión total del maestro de la Iglesia a la Palabra divina resguarda la libertad y eficacia de la Verdad. Y, aunque de este modo pueda a veces hacer doler a su prójimo, el hombre, no hay mejor servicio que le pueda prestar. Pues nada como la Verdad contribuye a que el hombre lo sea cada día más.

4. — *Ambitos y compromisos del Magisterio*

¿A quiénes va dirigido el Magisterio de la Iglesia? ¿Cuáles son las materias sobre las que puede versar?

a) *Todo lo de Dios y todo lo del Hombre*

La Palabra de verdad¹⁰², es la Palabra del Dios vivo y permanente¹⁰³. Por tanto, tiene valor en sí misma; es decir, independientemente del acontecer histórico y del favor humano que pueda suscitar. Tan desigual éste, por otra parte, pues a una adhesión multitudinaria de Domingo de Ramos sucede fácilmente el abandono total de un Viernes Santo.

Todo esto no significa, sin embargo, que la Palabra de verdad pudiese tener valor vital para los hombres si no “aconteciese” históricamente; o sea, si no se relacionase con su historia y si no ambicionase el asentimiento de todos ellos.

Por su nacimiento de María, la Palabra eterna ingresó a formar parte de todo destino humano. Y le da rumbo y sentido. Nada que sea tal puede escapar ya a la lenta pero irresistible polarización ejercida por su suave presencia. Hecha carne, la Palabra de Dios está allí, morando en medio de los hombres¹⁰⁴, hablándoles a todos, sea desde el silencio de su simple existencia, sea desde las parábolas o los discursos del tiempo de su docencia, solicitando el reconocimiento y el amor de todos

¹⁰¹ 1 Tes. 2:3-6.

¹⁰² Ef. 1:13; Col. 1:15; Sant. 1:18.

¹⁰³ 1 Ped. 1:23, 25.

¹⁰⁴ Jn. 1:14.

ellos. El Verbo hecho hombre es, en efecto, el gran acontecimiento histórico para toda la humanidad.

En consecuencia, la Iglesia y su Magisterio se proyectan también a la humanidad entera. Pues creyentes o no, para todos por igual el Padre envió a su Verbo al mundo¹⁰⁵. Y también, para todos por igual Cristo envió a sus apóstoles¹⁰⁶. De allí que el apóstol Pablo sintiese tan agudamente la universalidad de su misión: "*Me debo tanto a los griegos como a los que no lo son, a los sabios como a los ignorantes*"¹⁰⁷.

Esta universalidad de la misión de enseñar no se restringe a lo numérico de la humanidad; todos y cada uno de los hombres. Abarca también la totalidad del hombre: todo el hombre, todos y cada uno de los intereses del hombre. No podría ser de otra manera. Si el Verbo se encarnó —y advertimos que esto se puede decir con propiedad sólo de El— es ineludible una consecuencia: el Verbo es el Hombre perfecto. Todo lo que el hombre quiere y puede ser está ya logrado en Cristo. Es el alfa, el punto de partida para todo el proceso de "hominización"; también la omega, el último y definitivo punto de arribo. Al margen de estas dos coordenadas sólo puede haber gestaciones abortivas que no alumbrarán jamás a ningún hombre de verdad.

Todo el hombre, todo lo del hombre encuentra, pues, su explicación, su solución, su plenitud en el Dios-Hombre, maestro acabado de "humanismo". Y, por consiguiente, la Iglesia, discípula y maestra, empeñada en dictar su cátedra sobre la divinidad de Dios, no puede descuidar una parte fundamental de su programa: la humanidad del hombre.

Explica esto, en cierta medida, la pertinaz ingerencia de la Iglesia en tantos reinos de la vida humana que, según nuestra mentalidad laica, pertenecen exclusivamente a la ciencia especializada, o al fuero íntimo de la conciencia privada. Podríamos fácilmente comprobar que tanto más decisiva suele ser su intervención cuanto más hondo y rico es ese reino, cuanto más grande es el valor humano en juego. De allí el interés de la Iglesia por la sexualidad, por la familia, por la salud, por la educación, por la propiedad, por la justicia, por la paz, etc.

b) *Verdades Primarias y Secundarias*

En la planificación y realización de su Magisterio, la Iglesia suele tener en vista diferentes ámbitos, de oyentes y de verdades. Y, oportunamente, conjuga unos ámbitos con otros. Descubrimos en los mismos,

¹⁰⁵ Jn. 3:16.

¹⁰⁶ Mt. 28:19.

¹⁰⁷ Rom. 1:14; cf. 1 Cor. 9:19-23.

oyentes más próximos y más lejanos; verdades primigenias y fundamentales junto a otras deducidas y secundarias. Y así, mientras enuncia a unos sobre todo las primeras, a los otros también las segundas.

“Primigenio” no se entiende aquí lo humano elemental, o lo pre-
evangélico; por ejemplo los primeros principios intuitivos espontánea-
mente por la inteligencia humana: “haz el bien, evita el mal”, u otros
principios más evolucionados hallados por la razón del hombre. Son
los enunciados fundamentales, dogmáticos o morales, del Evangelio. Así
la Resurrección de Cristo, la malicia intrínseca de la fornicación, etc.
Son verdades de base pero en un nivel más elevado que el de la pura
inteligencia humana. Se podrá, sí, y convendrá indagar razones internas
a las mismas, que los hagan “raciocinables”, o de algún modo expli-
cables. Pero se las acepta como verdaderas porque Dios —a quien por
cierto, son evidentes todas las razones de las mismas— así las transmi-
tió, y porque así también las recibió el apóstol para transmitir las a su
vez¹⁰⁸. Secundario no es lo puramente relativo, que puede o no tener
valor. Es lo que está implícito, lo que se desprende armónicamente
—aunque no siempre fácil y evidentemente— de lo anterior, sea en el
plano del dogma o de la moral. Así secundario es, por ejemplo, el dere-
cho que tiene un fiel cristiano a divorciarse de su cónyuge no cristiano,
explicitado, por San Pablo: “*Digo yo, no el Señor...*”¹⁰⁹ Es deduc-
ción coherente de un principio anterior relativo a la peculiar signifi-
cación de la unidad matrimonial entre cristianos, enunciado por el
mismo Maestro: “*Les ordeno no yo sino el Señor...*”¹¹⁰.

De acuerdo a la división aquí expuesta entre verdades dogmáticas
y morales de orden primario y secundario, podemos entender que el
grado de compromiso del Magisterio de la Iglesia con respecto a lo
enseñado es diverso. “Diverso” no en el sentido de que el Divino Maes-
tro respalde unas veces y otras no su Magisterio. “Diverso” se rela-
ciona con el grado de conciencia que la Iglesia tiene de las verdades
a enseñar.

Unas, ya lo vimos, son primarias. Estuvieron desde siempre explí-
citas en su conciencia y nunca dejó de enunciarlas, aunque no siempre
con las fórmulas de hoy, ni siempre sin discusión. Por ejemplo, la divi-
nidad de Cristo, sostenida unánimemente por toda la Iglesia, aunque
combatida encarnizadamente por Arrio. Otras son secundarias. O sea,
están implícitas en su fe. Nunca puede contradecirlas explícita y unáni-
memente. Pero, por lo mismo que implícitas, no fueron desde siempre

¹⁰⁸ 1 Cor. 15:1-3; 11:23; Ef. 4:20; 1 Cor. 6:9-10.

¹⁰⁹ 1 Cor. 7:12.

¹¹⁰ 1 Cor. 7:10.

predicadas, aunque no por ello discutidas. Por ejemplo, la Asunción de María.

c) *Normas prácticas pastorales*

Junto a las verdades dogmáticas o morales, primarias o secundarias, hallamos que la Iglesia, en el ejercicio de su magisterio, también enseña normas prácticas o pastorales. Estas surgen, por una parte, del poder que Cristo dio a su Iglesia de "atar y desatar"¹¹¹.

Por eso los apóstoles, cuando enseñan o imponen normas pastorales, aunque transitorias, no vacilan en invocar la potestad que Cristo les da: "*Reconozcan en esto que les escribo un mandato del Señor*"¹¹².

La otra razón de ser de estas normas es la misma condición paradójal del cristiano en este mundo. Redimido por Cristo, está ya bajo la Nueva Alianza y no tiene otra ley que el único precepto del amor¹¹³. Pero su redención aguarda aún su cumplimiento pleno¹¹⁴. Por donde permanece todavía, en cierto modo, esclavo del pecado, o sea bajo la Antigua Alianza¹¹⁵. Es un maestro, pero menesteroso aún de los rudimentos¹¹⁶. Y por tanto, necesitado de la norma canónica que, le ayude, exteriormente, a él y a toda la comunidad cristiana a vivir la fe recibida.

Esto nos explica la aparente contradicción del apóstol Pablo, el predicador de la libertad de la Nueva Alianza¹¹⁷, que establece la esclavitud de las primeras normas canónicas: el velo de las mujeres¹¹⁸, el orden de la asamblea¹¹⁹, la colecta del domingo¹²⁰. O bien la de los apóstoles en el Concilio de Jerusalén que prescriben la abstinencia de carnes inmoladas a los ídolos, o de animales muertos sin desangrar¹²¹.

El compromiso de Cristo con relación a las normas prácticas que enseña la Iglesia, es, a su vez, "diverso". Y esto tanto con respecto al magisterio eclesiástico, como dentro de su mismo ámbito.

En el caso del magisterio eclesiástico infalible, el compromiso de Cristo es evidentemente diferente y peculiarísimo. En el ejercicio de éste resplandece la unión indivorciable de Cristo con su Iglesia, como condición ya definitiva, en virtud de la cual ni El la puede abandonar ni ella puede errar. En la enseñanza de las normas prácticas pastorales, en cambio, resalta la condición peregrinante de la Iglesia, que

¹¹¹ Mt. 18:18.

¹¹² 1 Cor. 14:14-20; cf. Hech. 15:28-29.

¹¹³ Rom. 13:4, 10; Mt. 22:40.

¹¹⁴ Rom. 8:23.

¹¹⁵ Rom. 7:14-20.

¹¹⁶ Hech. 5:12.

¹¹⁷ Gál. 5:1.

¹¹⁸ 1 Cor. 11:1-16.

¹¹⁹ 1 Cor. 14:26-40.

¹²⁰ 1 Cor. 16:1-2.

¹²¹ Hech. 15:29.

marcha hacia el encuentro con su Señor¹²². Porque está en marcha, precisamente por ello, la Iglesia establece normas canónicas y pastorales. Estas han de ser entendidas de acuerdo al contexto presente y en vista del paso ulterior a dar. Son normas perecederas, que caen (*fallere*), que se tornan falibles, por tanto, apenas cambia el contexto en el cual fueron dictadas, o no bien se alcanzó la meta intermedia para cuya consecución fueron ideadas. De allí que también su enseñanza o disposición sea esencialmente “falible”. Una nueva enseñanza o disposición puede legítimamente modificarlas, cambiarlas por otras o suprimirlas radicalmente.

De toda norma práctica enseñada por la Iglesia vale lo dicho por el Maestro de la norma más santa que jamás se haya dictado: “*El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado*”¹²³. Esto muy bien lo entendió el apóstol Pablo cuando, en situación eclesiástica diferente, no temió descuidar e ignorar en la práctica¹²⁴ la norma pastoral de no comer carnes inmoladas a los ídolos, tan solemnemente sancionada en el Concilio de Jerusalén¹²⁵.

Consideradas las normas prácticas en sí mismas, hemos de decir que el compromiso de Cristo con ellas es también “diverso”. Y sea, tanto por la gracia que El le da a su Iglesia para que vea la oportunidad de una más que de otra, como por el grado de capacidad y fidelidad de ella para comprender la conveniencia de las mismas y llevarlas a la práctica.

Todo este complejo juego de gracia y libertad entre Cristo y su Iglesia explica porqué unas veces las normas pastorales sean decididas a primera vista y con gran acierto. Así el apóstol Pablo cuando decidió espontáneamente circuncidar a Timoteo, hijo de padre gentil pero de madre judía¹²⁶. Y por qué otras precisen tiempo para que se llegue a ver claro su oportunidad. Así Pedro, que titubeó mucho tiempo sin saber cómo poner por obra el mandato de Jesús de ir a enseñar a los gentiles. “*Vamos, Pedro, mata y come*”, le tuvo que decir por tres veces el Espíritu. “*No consideres manchado lo que Dios purificó*”¹²⁷.

Según esta diversidad de compromiso de la Iglesia con la verdad, y de Cristo con los actos magisteriales de su Iglesia, podemos entender mejor —aunque apenas lo hayamos esbozado— el carácter permanente y a la vez evolutivo del dogma, como también el carácter mudable y a la vez válido de las normas pastorales enseñadas por la Iglesia.

¹²² 2 Cor. 5:6; Flp. 3:20; Heb. 13:14.

¹²³ Mc. 2:27.

¹²⁴ 1 Cor. 10:23-30.

¹²⁵ Hech. 15:20.

¹²⁶ Hech. 16:1-3.

¹²⁷ Hech. 10:13-15.

CONCLUSION

No creemos, ni con mucho, haber agotado todo lo que el Nuevo Testamento nos dice sobre el Magisterio de la Iglesia. Pero confiamos en que pueda ser un aporte que ayude a reubicar, con seriedad y serenidad, un tema que es capital para la Iglesia y el Mundo.

En la inquietud y turbación de la hora de transformación total que vivimos, no siempre tenemos el tiempo de escuchar la Palabra de Dios, "*eficaz y más cortante que espada de dos filos*"¹²⁸. Y desarmados, echamos mano muchas veces de cualquier criterio o slogan pasajero. Armas carnales que llamaba San Pablo¹²⁹; envalentonan, hieren, pero no vencen ni liberan al mundo. De allí que seamos tan contradictorios que, despreciando a veces un Magisterio propuesto por Cristo, caigamos en la vana palabrería, pretendiendo a nuestra vez ser maestros, sin saber muy bien lo que decimos o afirmamos con tanta seguridad¹³⁰. De allí también la perplejidad del mundo. A pesar de su pecado, éste busca secretamente una alianza con una Iglesia "*no sacudida por las olas y arrastrada por el viento*"¹³¹, sino que sea "*columna y fundamento de la verdad*"¹³².

Un principio cierto hay para adquirir la sabiduría libertadora del mundo: ser discípulos fieles de Cristo crucificado¹³³. Urgidos por la hora, esto podrá escandalizar o provocar risas. Pero sabemos que lo risible y necio de Dios (o sea el Maestro, el libertador que libertó muriendo), es más sabio y liberador que todos los cálculos y proclamas hechas con el solo esfuerzo humano¹³⁴.

En todo caso, siempre es válida la exhortación de San Pablo: "*Si uno entre ustedes se cree sabio como los de este mundo, hágase necio para llegar a ser sabio*"¹³⁵. Y también aquella otra de Santiago: "*Hermanos, que no haya muchos entre ustedes que pretendan ser maestros, sabiendo que los que enseñamos seremos juzgados más severamente*"¹³⁶.

Carmelo J. GIAQUINTA

128 Heb. 4:12.

129 2 Cor. 10:3-4.

130 1 Tim. 1:6-7.

131 1 Tim. 3:15.

132 1 Tim. 3:15.

133 1 Cor. 1:23.

134 1 Cor. 1:24-26.

135 1 Cor. 3:18.

136 Sant. 3:1.